

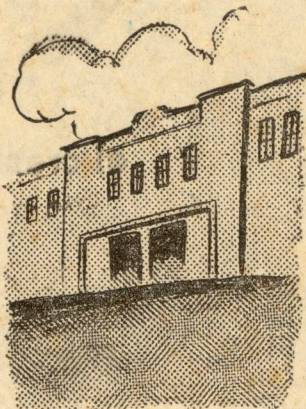
Un Instituto y una Misión Universitaria

SZS

por Sebastián Salazar Bondy

No es por casualidad que la Universidad Nacional de San Agustín de Arequipa posee, como el organismo que asume la difusión social de la cultura, el Instituto de Extensión Cultural. Gracias a esta entidad, la universidad de la bella ciudad mistiana cumple su función ante la colectividad, ensancha el campo académico hasta alcanzar los sectores de la sociedad que, por no estar directamente ligados a las cátedras, carecen de oportunidad para ampliar sus conocimientos, perfeccionar su saber y refinar su sensibilidad artística. No es por casualidad todo esto, pues de antiguo data ese ánimo colectivista, comunitario, en la villa del Chili, y existe entre sus gentes ilustradas, entre sus intelectuales, una innata vocación por compartir con el pueblo ideas y aspiraciones, sueños y penurias. Fundado en 1947, el Instituto de Extensión Cultural del claustro arequipeño se estableció en su forma actual —con departamentos especiales de conferencias, escuelas, artes, prensa y radio, este último con una estación propia destinada a la divulgación del teatro, la música y el saber general— en 1954. Desde ese año hasta el que corre, dicho organismo ha cumplido una labor que si fuera aquí enumerada requeriría varias columnas del diario: conciertos, cursillos, exposiciones, sesiones cinematográficas, recitales poéticos, emisiones, etc. se han sucedido, habiendo ocupado la tribuna maestros locales y del resto del país y el extranjero. El edificio que le está destinado se levanta ya en la ciudad universitaria como la justa coronación de un quehacer sin pausa por llevar a la mayoría las obras y las investigaciones de los creadores de ayer y hoy.

Ese edificio —puede decirse — se ha hecho piedra sobre piedra con el tesón de quienes, por conocer a fondo la índole social de la universidad, su misión culturizadora, han pensado tanto en su formación personal cuanto en el compromiso que todo intelectual consciente sabe que tiene para con la comunidad a la que pertenece.



Dentro de unos meses, pues, la puerta del Instituto de Extensión Cultural en su sede particular será el conducto a través del cual el aula saldrá a la calle y la calle entrará al aula. Y esto es un ejemplo en el Perú, en donde si bien el estudiante no ha sido siempre el ansioso buscador de la ciencia y el arte, tampoco los profesores han sabido convertir los claustros añosos en vivos crisoles de la cultura activa, no anquilosada en lo meramente libresco y erudito. San Marcos debiera mirar un poco hacia este aspecto de la universidad arequipeña, que no obstante su

pobreza ha podido poner en marcha un servicio público cuyos frutos están prontos a madurar. Se habla mucho de la crisis universitaria, pero lo justo es decir tajantemente que en esa quiebra de valores los responsables son aquellos que pudiendo vitalizar la universidad con su proyección hacia afuera, abriéndola a la inquietud de todos, prefirieron reducirla a un foco de rutinas, caldo éste de cultivo, sin duda, de la mayor parte de los despropósitos de que ella ha constituido el escenario. La población de Arequipa le debe a la universidad mucho de su fervor cultural, lo que no puede decirse infortunadamente de la cuatricentaria casa de San Marcos.

Y al César lo que es del César. Gracias al apoyo de los rectores, los jóvenes profesores Gustavo Quintanilla Paulet, primero, y Jorge Cornejo Polar, después, han podido hacer del vetusto paraninfo de San Agustín cátedra popular, escenario de teatro, galería de exposiciones, sala de conciertos, y del fatigado local de los claustros, estación de radiodifusión, cine —club, escuela libre, saliendo muchas veces con las armas y los bagajes de la enseñanza a las provincias y los distritos, en algo muy semejante a las "misiones pedagógicas" que alguna vez en España intentaron poner al hombre de la aldea y el campo en contacto con la cultura. El autor de esta nota acaba de ser huésped del Instituto de Extensión Cultural de la Universidad de San Agustín, juntamente con el pintor Macedonio de la Torre, y puede por ello afirmar con entera certeza como el celo de ese centro de divulgación intelectual encuentra un eco más allá de los muros de la casa cuyo pri-

mer secretario fuera el Deán Valdivia, cómo cualquier sugestión espiritual es acogida por el público corriente, cómo cada idea vertida en el salón capitular resuena en los oyentes y suscita nuevas iniciativas, cómo se siembra, en suma, en ese terreno ávido y fértil que es la ciudadanía sana y deseosa de mejorar. No hay nada similar al Instituto de Extensión Cultural del primer centro docente arequipeño en todo el territorio nacional, y ese privilegio lo tiene la tierra sureña por razón, como se ha dicho arriba, de la identidad que sus hombres de estudio y creación sienten con respecto al cuerpo social en el que están incluidos, el cual constituye, a fin de cuentas, la esencia de su ser individual.